

HUGO HIRIART

Diario infinitesimal

BLANCO Y NEGRO

76

I. BLANCO

Erasmus censura a quienes, cosa lo más común en su época, intercalan en su discurso citas en otros idiomas:

Se tienen por unos dioses en cuanto, como las sanguijuelas, lucen dos lenguas, y creen ejecutar una acción preclara al intercalar en sus discursos latinos, a modo de mosaico, algunas palabritas griegas, aunque no vengan a cuento (*Elogio de la locura*, IV).

Don Quijote hace burlas de los letrados latinos y del gran Sancho Panza en este regocijado pasaje de una carta que el caballero andante envía a su escudero cuando ya ha sido exaltado a gobernador:

Tengo de cumplir antes con mi profesión que con mi gusto, conforme a lo que suele decirse: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*. Dígote este latín porque me doy a entender que después que eres gobernador lo habrás aprendido.

El adagio latino, *Amigo de Platón, pero más amigo de la verdad*, no solo es antiguo y célebre, atribuido a Aristóteles, nada menos, sino entraña un problema moral porque sumamos multitud quienes estimamos que es mayor el cariño y reverencia que nos une a un amigo de carne y hueso que el impulso que nos arroja hacia una entidad abstracta tan evasiva e inabordable como la verdad. Sin embargo se entiende qué quiere decir, porque sin cierto vuelo hacia la verdad no se podría tampoco ser amigo de Platón.

Pero, como sea, es claro que Sancho Panza no adquirió, de milagro, al subir a gobernador, el latín, ni falta que le hacía; si hubiera precisado de él, lo habría dominado, como presto y aun prestísimo se manejan en inglés nuestros migrantes, pese a que no pocos de los cuales no saben, igual que Sancho Panza, leer ni escribir.

Prodigio de amistad es la del Quijote y Sancho, y con razón se asombra el caballero:

En cuantos libros de caballería he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo. Y es verdad que lo tengo por gran falta, tuya y mía: tuya que me estimas en poco; mía que no me dejo estimar en más.

Estas últimas palabras pasan por una de las caídas o yerros de redacción en que incurrió Cervantes. Rodríguez Marín en sus preciosas notas a la novela asienta que “mejor y más propio sería: en que no me hago estimar en más”. Ciertamente no es lo mismo “hago estimar” que “dejo estimar”. A mí, el último giro me parece mejor, más expresivo y hasta más correcto, y que los que caen en puntilliosidad ratonil, otra vez, son los críticos.

No es lo mismo nahua, del náhuatl *nabua*, literalmente “sonoros”, habitualmente “grupo de pueblos del centro y sur de México, incluido entre ellos el azteca”, que nagua, naguas o enaguas, palabra que viene del taíno (lenguaje hablado en el alto Orinoco y las Antillas), “falda de algodón”. Lope de Vega, en la *Gatomaquia*, usa voces latinas, y habla de las naguas:

que lo que en las mujeres son las naguas
de raso, de tela o chamelote de aguas,
es en las gatas la flexible cola,
que *ad libitum* se enrosca o se enarbola...

II. NEGRO

El néctar negro de los sueños blancos.
Baudelaire

Un expreso cortado, *please*. La frase se oye ahora por todas partes de Estados Unidos. Desde hace relativamente poco es uno de los más marcados cambios en cultura gastronómica en el país. Hace unos quince años casi no se oía. La gente tomaba, y en grandes cantidades, el llamado con justicia “café americano”, en tazas grandes, aguado.

No tener cultura de café quiere decir no ser exigente en la apreciación del expreso que uno toma; que le dé igual uno que otro; que, en una palabra, no sepa apreciar. El conocedor, como en los toros o en el teatro o en el restaurante francés, es crítico, difícil de complacer plenamente.

Exigentes son los italianos. Interrogado Ennio Ranaboldo, director de Lavazza en Estados Unidos, acerca de cómo podía describir una perfecta taza de café, respondió con precisión, sin romanticismos: el agua debe ser calentada entre 194 y 203 grados Fahrenheit; después, lanzada a nueve barras de presión, aproximadamente 135 libras por pulgada cuadrada, a través de un cuarto de onza de café finamente molido durante entre veinticinco y treinta segundos, obteniendo exactamente una onza de café expreso.

Un conocedor de café denunciaba horrorizado que en Nueva York con frecuencia se prepara el *espresso* doble disparando dos veces agua sobre la misma carga de café, cuando todo mundo sabe que precisa dos cargas diferentes de café, es decir, dos expresos en la misma taza. Una estimación fina de conocedor sería, por ejemplo, la del agua que se precisa para preparar un buen café. En este caso el contenido preciso del calcio, que en Nueva York es bajo. El agua perfecta, se dice, es la de Nápoles. ☞

ES INTERESANTE COMPROBAR que los avances que amplían a cada paso nuestra capacidad cerebral son al mismo tiempo objeto de sospecha e incluso de menosprecio. El cerebro humano se encuentra enlazado irremediabilmente a una red simbólica y cultural sin la cual es incapaz de funcionar con normalidad. A esta red la defino como un exocerebro. Se trata de un conjunto de prótesis que realizan externamente lo que el cerebro por sí solo no puede realizar. El habla es sin duda la parte más evidente del exocerebro. Pero también forman parte de estas redes externas las formas simbólicas no discursivas, como el arte, la música y la danza, así como los mecanismos externos que amplían la memoria, como la escritura. Las prótesis que amplían de forma artificial la memoria se han expandido extraordinariamente, hasta alcanzar las gigantescas proporciones de internet y de las grandes bases digitales de datos.

Esta ampliación del exocerebro ha generado muchas inquietudes. Hace poco, Mario Vargas Llosa ha señalado, con acierto, que estas redes no son simplemente una herramienta, sino que son una prolongación de nuestro cerebro, que se va adaptando a las nuevas prótesis (“Más información, menos conocimiento”, *El País*, 31-07-2011). Pero el escritor se alarma ante los daños que esto puede ocasionar, señalados por Nicholas Carr en un libro reciente (*¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?*, Taurus, 2011). Vargas Llosa cree que nuestros cerebros se vuelven dependientes e incluso esclavos de las nuevas prótesis, y que cada vez son menos capaces de pensar, prestar atención y memorizar de manera inteligente.

Se trata de un viejo reflejo conservador. Me gustaría poner un ejemplo antiguo e ilustre. Platón estaba convencido de que la escritura era un peligro para la actividad inteligente del alma. En el *Fedro* (274C-275B) recuerda el mito del descubridor de la escritura, el dios Toth, que se jactaba de que la escritura fortalecería la memoria. Suponía que la escritura era el “remedio para la memoria y la sabiduría”. Cuando Toth expuso su descubrimiento a Thamos, el rey de Egipto, él le contestó que, por el contrario, “la escritura producirá el olvido en las almas de los que la aprendieren, por descuidar la memoria, ya que confiados en lo escrito, producido por caracteres externos que no son parte de ellos mismos, descuidarán el uso de la memoria que tienen adentro”. Para contrarrestar la falsa sabiduría que implicaba la prótesis de la escritura, los griegos cultivaron el arte de la mnemotecnia. El cultivo de la memoria también usaba recursos externos, pero su objetivo era fijar los recuerdos en la memoria interior en lugar de almacenarlos en textos escritos. Pero en realidad, como es evidente, ha sido justo la acumulación de recuerdos en memorias artificiales externas (libros, bibliotecas, pintura, escultura) lo que ha impulsado de manera extraordinaria las capacidades creativas de la humanidad.

La acumulación artificial externa de ideas y emociones, junto con la consiguiente capacidad para comunicarlas masivamente, ha sido la base más sólida para construir nuestra

ROGER BARTRA

Sinapsis

EL MIEDO A LA PRÓTESIS

moderna capacidad para ser libres. Me preocupa que se extienda una reacción irracional de alarma contra las mismas prótesis que han ampliado el libre albedrío de los humanos. Si somos capaces de decidir y de actuar libremente, ello no es debido a que cultivamos sobre todo los órganos internos de la memoria y de la inteligencia. Ha sido gracias a la extraordinaria ampliación del exocerebro.

El uso de memorias artificiales gigantescas ha llevado a algún insensato, como el profesor que cita Vargas Llosa (Joe O’Shea), a afirmar que los libros se han vuelto superfluos y que él encuentra toda la información que necesita en internet. Para él resulta inútil leer un libro completo. También dramática es la actitud del otro profesor en el que se apoya Vargas Llosa (Nicholas Carr), a quien el uso intensivo de internet le averió radicalmente la capacidad de concentración y de reflexión (como temía Platón que podría pasar con el uso de la escritura). En consecuencia, este profesor se aisló en las montañas de Colorado y escribió un libro que denuncia el poder esclavizador de la informática y de internet. Uno de sus argumentos, apoyado en la neurología, es que las nuevas redes informáticas están cambiando la estructura de nuestro órgano de pensar, el cerebro. Por supuesto que así es, pero no veo que debamos por ello alarmarnos. Desde que se inventaron las más antiguas prótesis, el cerebro humano cambió para adaptarse a ellas. Quizá la que más cambió las estructuras neuronales fue la escritura. Otras prótesis fueron malignas, como las armas, a las cuales hay que tenerles mucho más miedo que a las redes informáticas.

Vargas Llosa se lamenta de que, por culpa de la red, ahora los estudiantes son incapaces de leer libros completos. Yo no creo que sea culpa de internet: siempre ha habido personas que no quieren ni pueden leer el *Quijote*. Pero gracias a la red ahora cualquier persona que posea una de esas maravillosas prótesis que son los libros electrónicos tiene la libertad de descargar en su aparato, sin ningún costo, el texto completo en español del *Quijote*. 🍷

77

LETRAS LIBRES
NOVIEMBRE 2011

ENRIQUE SERÑA

Aerolitos

EL REPTIL MONSTRUOSO

78

LETRAS LIBRES
NOVIEMBRE 2011

UNA DE LAS MAYORES VIRTUDES LITERARIAS de Martín Luis Guzmán fue esbozar en unas cuantas pinceladas la compleja personalidad de los jefes revolucionarios, sin anteponer absoluciones o condenas. Pero frente al reto de entrar en el corazón de la masa, Guzmán retrocedió con espanto. El mejor retratista de la literatura mexicana solo vio en las hordas revolucionarias una lamentable degradación de la especie humana, colindante con el reino animal, quizá porque la amorfa cohesión de la muchedumbre le impedía trazar fisonomías individuales. En “Una noche en Culiacán”, un episodio memorable de *El águila y la serpiente*, narró su encuentro con una multitud de soldados borrachos en una oscura calleja de Culiacán, sin disimular la repugnancia que le produjo ese baño de pueblo. Obligado a beber mezcal a pico de botella por un fraternal y pegajoso amigo, Guzmán se siente de pronto engullido por la mole de cuerpos donde la dignidad humana ha quedado abolida:

¡Extraña embriaguez en masa, triste y silenciosa como las tinieblas que la escondían! ¡Embriaguez gregaria y lucifuga, como de termitas felices en su hedor y en su contacto! Chapoteando en el lodo, perdidos en la sombra de la noche y de la conciencia, todos aquellos hombres parecían haber renunciado a su humanidad al juntarse. Formaban algo así como el alma de un reptil monstruoso.

Blandiendo este pasaje como prueba inculpatoria, un marxista dogmático podría tachar a Guzmán de enemigo del pueblo, pero quien conciba la literatura como un medio de conocimiento debe agradecerle su honestidad, pues la forma superior de comunicación escrita, es decir, el diálogo inteligente y sincero de persona a persona, solo se produce cuando el autor nada a contracorriente de la opinión general, a riesgo de perder lectores. Confesiones como estas se han vuelto inadmisibles en nuestros tiempos de corrección política, pero en épocas menos hipócritas, cuando un escritor no necesitaba declarar su amor al prójimo para dárseles de humanitario,

incluso los luchadores sociales más aguerridos pintaban su raya frente a la masa embrutecida. En *El luto humano*, José Revueltas puso en boca de un intelectual comunista una reflexión que tal vez hubiera suscrito Martín Luis Guzmán:

La multitud es una suma negativa de los hombres, no llega a cobrar jamás una conciencia superior. Es animal, pero como los propios animales, pura, mejor entonces, pero también peor que el hombre. Soy el contrapunto, el tema análogo y contradictorio. La multitud me rodea en mi soledad, en sus rincones, la multitud pura.

Si Carlos Monsiváis hubiera escrito “Una noche en Culiacán”, seguramente habría narrado el encuentro del intelectual con la multitud hedionda y beoda como una apoteosis fraternal, pues en sus crónicas nos dejó abundantes ejemplos de su fascinación por la masa. Admiré el humor, la curiosidad intelectual, la agudeza crítica de Monsiváis, pero creo que su visión gozosa y paternalista de las multitudes rezuma una falsedad palmaria. En *Apocaliptick*, su última colección de crónicas, hay algunas loas al ser colectivo incompatibles con los sentimientos y hasta con la dignidad humana de los individuos que lo componen.

¿Cómo no admirar la coexistencia de millones de personas —dice Monsiváis— en medio de los desastres en el suministro de agua, en la vivienda, en el transporte, en las posiciones de trabajo, en la seguridad pública?

¿Es admirable una coexistencia dictada por la fatalidad? ¿Tiene algún mérito padecer en silencio tantos desastres o más bien refleja una mansedumbre bovina? Todo chilango desearía tener una coexistencia menos estrecha con sus congéneres, por eso cualquier viajero del metro se compra un coche a la menor oportunidad. Si Monsiváis se hubiera metido en los pensamientos de los pasajeros apeñuscados en un vagón del metro, habría descubierto un conglomerado de individualidades maltrechas y torturadas, pero eso arruinaría el edificante espectáculo de la masa contenta de serlo. En otros momentos, Monsiváis llega a insinuar que un miembro de la masa traiciona a su colectividad y a sí mismo cuando intenta singularizarse:

¿Quién es, ante el espejo de la identidad colectiva, el usuario del metro? Alguien invadido por presiones múltiples, pero ninguna de ellas vinculada con el afán de singularidad. Esta sería su reflexión: si soy igual a todos, no me parezco a nadie.

La singularidad no es un afán, sino un elemento sustancial de la condición humana, que no se pierde en las aglomeraciones. Millones de seres humanos embrutecidos por la droga, la televisión, el internet o el consumismo quieren renunciar a ella, no solo en el metro, sino en las mansiones de las Lomas, pero la tarea de un educador (y todo escritor lo es hasta cierto punto) debería ser incitarlo a recuperarla, mostrarle cómo enriquece la existencia tener gustos o ideas propios, en vez de dar al hombre masificado una palmadita complaciente en la espalda. Para eso basta y sobra con los halagos que le prodigan a diario los políticos demagogos y los locutores de televisión. ❧

UN AÑO ANTES DE QUE CORTÉS las hollase, el súbito inglés Thomas Wingfield llegó insolado, medio muerto de hambre y sed, flotando en un barril rodeado de tiburones, a tierras mexicanas, donde fue inmediatamente atacado por garrapatas descomunales y donde habría fenecido de no ser por unos amables lugareños que le untaron pomadas magníficas y le dieron “pescado frito, pasteles de maíz y una deliciosa bebida caliente que luego supe se llamaba *chocolate*”, y luego lo trasladaron a un villorrio llamado *Tobasco*, donde lo bañaron, lo vistieron con una capa de plumas y le presentaron a las muchachas, sobre todo a una muy coqueta “de piel morena, ciertamente, pero alta, enhiesta y de muy bellas facciones” que respondía al nombre de *Marina*.

Al día siguiente, claro, Wingfield está atado a una piedra de sacrificios donde los cabrones amables lugareños se disponen a sacarle el corazón, sin dejar de sonreírle (ahí es cuando se da uno cuenta de que la novela es realista-socialista). ¿La conclusión de Wingfield? “*¡Había llegado a una tierra de demonios!*”

El libro se titula *La hija de Moctezuma* (o sea Montezuma) y la escribió en 1893 el novelista Henry Rider Haggard (1856-1925), quizás para descansar de las decenas de novelas ubicadas en África y Oriente que escribió obligado por su condición de victoriano imperialista, anglicano, clasista, sexista, políticamente incorrecto y absolutamente genial: tramas sagaces, peripecias formidables, catálogo prolijo de villanos y aliados, escenarios y paisajes fastuosos. Leí de muchacho algunas de ellas, sobre todo *Las minas del rey Salomón* (1885), parte de la larga saga que protagoniza Allan Quatermain, prototipo del aventurero honesto y valiente, en cuyo molde habrían de forjarse tantos héroes posteriores, reales y ficticios, de T. E. Lawrence a Indiana Jones.

Haggard se ausentó años de mi memoria pero lo reencontré en el sitio más inesperado: un escrito de Carl Gustav Jung titulado “Concerning the Archetypes and the Anima Concept” que estudia el lado femenino de la psique masculina (y su contrapartida, *animus*). En un momento de su luminoso análisis, Jung escribe que en literatura ha habido “excelentes descripciones del *anima* y del contexto simbólico en que se asienta”, y pone como ejemplo “en primer lugar” la tetralogía *She* de Rider Haggard. Sorprendido (pues me esperaba a Dante o a Goethe) la leí y entendí por qué lo impresionó de ese modo (y por qué es una de las diez novelas más leídas en la historia).

She venía en un paquete kindle (un dólar) con otras treinta novelas, *Montezuma's daughter* entre ellas. Es formidable. Desde luego, Wingfield sobrevive su sacrificio humano gracias a que *Marina* —que descubre que le gustan los güeros— dice que es un *teule* (semidiós) y que hay que enviárselo vivo a Montezuma. La trama es vasta, victoriana e imposible de resumir. *Guatemoc* acude a *Tobasco* para trasladar al *teule* a *Tenocitlan* y se hacen compadres; a Wingfield le parece que los caminos están “mucho más cuidados y diseñados que los que tenemos en Inglaterra”; sus descripciones de los volcanes y paisajes son exactas y

GUILLERMO SHERIDAN

Saltapatrás

LA HIJA (INGLESA) DE MOCTEZUMA

hermosas; *Tenocitlan* le parece “la ciudad más imponente que he visto”; Wingfield acaba —como Gonzalo Guerrero y Cabeza de Vaca— convertido en indio blanco; se casa con la hija del emperador y engendra a los primeros mestizos; forma parte del grupo que esconde el tesoro de su suegro; guerra contra Cortés y describe, con épica templanza, el cataclismo final (“Te veo en ruinas y desolada, oh *Tenocitlan*, reina de las ciudades...”). En un giro simpático, durante una batalla, Wingfield le perdona la vida a un español que, cuando Wingfield cae prisionero años más tarde, retribuirá salvando la suya y consiguiéndole salvoconducto hacia Europa: ese español es Bernal Díaz del Castillo, en cuyo libro habrá de inspirarse, siglos después, el novelista Haggard (que también da crédito a Sahagún y a Prescott).

El indio Wingfield vive su peculiar mestizaje cultural entre tirantes predecibles. El “asombroso mundo nuevo” es a la vez bárbaro y civilizado: sus artes, su arquitectura, sus leyes le parecen equiparables a las de Europa, “pero su religión fue su cáncer... México fue destruido por la abominación de sus dioses”, cuyo amor a la sangre convirtió “su riqueza en desolación, su prosperidad en tormento y su libertad en esclavitud a manos de españoles que, en nombre de Cristo, violan su ley hasta extremos inconcebibles”... Nada nuevo.

En su fascinante autobiografía (*The Days of my Life*), Haggard dedica un capítulo al viaje que hizo a México con objeto de inspirar su novela. Fatigó la capital, el centro y el sureste, y estuvo a punto de morir un par de veces para convertirse “en uno de esos ingleses de la mejor clase, esa progenie galante cuyos huesos blanquean todos los rincones de la tierra”. México —como a casi todos los viajeros ingleses— sedujo y aterró a Haggard: “dicen que las campanas de las iglesias suenan tanto en México porque así espantan a los demonios de los cuales, en verdad, hay muchos en esas tierras, si es que los demonios *existen* en otro sitio que no sea el corazón de los hombres”... 

79

LETRAS LIBRES
NOVIEMBRE 2011